

## COLECCIÓN CARIBEÑA

- El tramo azul: ensayos puertorriqueños de hoy.*  
Vega, Ana Lyda et al. (1988)  
*Reaprobaciones: cultura y nueva escritura en Puerto Rico.*  
Ortega, Julio (1990)  
*Escribir en Cuba.*  
Bejel, Emilio (1991)  
*Peregrinos de la libertad.*  
Ojeda Reyes, Félix (1992)  
*Literatura y paletalismo en Puerto Rico: estudio del canon.*  
Gelpí, Juan (1993)  
*Al filo del poder: subalternos y dominantes en Puerto Rico 1739-1910.*  
Pico, Fernando (1993)  
*El sabor de lo prohibido: antología personal.*  
Alcántara Almánzar, José (1993)  
*Género y trabajo: la industria de la aguja en Puerto Rico y el Caribe hispánico.*  
Baerger, María del Carmen, editora (1993)  
*Here and Elsewhere.*  
Guiness, Gerald (1993)  
*Concierto Barroco.*  
Carpentier, Alejo (1994)  
*El reino de este mundo.*  
Carpentier, Alejo (1994)  
*Los cubanos en Puerto Rico - Economía étnica e identidad cultural.*  
Cobas, José A. / Duany, Jorge (1995)  
*Cuba en crisis.*  
Rodríguez Beruff, Jorge (1995)

JORGE RODRÍGUEZ BERUFF  
Compilador

## CUBA EN CRISIS: PERSPECTIVAS ECONÓMICAS Y POLÍTICAS



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD  
DE PUERTO RICO  
1995

## LA CUBA QUE AÚN PUEDE SER

*Marijeli Pérez-Sabbe*

**A** principios de la década de los noventa, el fenómeno político-social de una revolución no es la fuerza motriz y determinante de la sociedad cubana. Bien pudiera argüirse que la revolución como proceso transformador concluyó alrededor de 1970, cuando el fracaso de la zafra gigante selló el destino del experimento radical —la llamada herejía cubana— de los años sesenta y el gobierno emprendió el proceso de institucionalización.

El comienzo de las grandes revoluciones casi nunca se pone en duda: los procesos revolucionarios en que los seres humanos real y palpablemente extraordinarios hacen historia. Las revoluciones destruyen rápidamente el viejo orden e intentan construir un orden alternativo que, al transformar las bases sociales del poder político, buscan superar las injusticias del viejo orden. Las revoluciones logran que seres humanos comunes y corrientes crean en la posibilidad de un mundo mejor y que, por lo tanto, se dispongan a hacer lo extraordinario —a romper con la vida cotidiana como estaba estructurada hasta ese momento— y a luchar, a sacrificarse, y hasta a morir para alcanzar ese mundo mejor.

Al usar estos códigos políticos los cubanos percibían la realidad social, económica y política en forma dicotómica: viejo/joven, corrupción/pureza, idealismo/materialismo, lealtad/traición, egoísmo/deber. Este pensamiento maniqueo reflejaba y promovía una realidad polarizada. Las polaridades eran normativas lo que le obligaba a uno a juzgar más que a comprender. Las polémicas políticas, las diatribas y los manifestos recurrían expeditamente a los códigos, pero no se beneficiaba nuestro entendimiento de la realidad social.

La construcción de la nación ciertamente condicionó el surgimiento de los códigos y su supervivencia durante dos siglos. La incapacidad de los formuladores estadounidenses de política para penetrar estos códigos ha exacerbado un conflicto que tiene profundas raíces en otros lados.

Los cubanos le han dado forma a su concepto ellos mismos, a su relación con otros y a las acciones que han tomado al aferrarse a estos códigos. Quizás lo han hecho sin un conocimiento consciente de lo que ha ocurrido. Quizás también estén condenados a continuar actuando sobre la base de estas creencias en el futuro.

Isaiah Berlin apuntó en una ocasión que “el primer paso para la comprensión” es hacer a las personas conscientes del modelo que “domina y penetra su pensamiento y acción”. Pero añadía “que como todo intento de hacer conscientes a los hombres de las categorías en que piensan, se trata de una actividad difícil y dolorosa que probablemente produzca resultados inquietantes”.<sup>90</sup>

El descubrir categorías es la tarea de los científicos sociales y no debería resultarles inquietante a los cubanos que quieran entender su propia historia y cultura.

<sup>90</sup> Isaiah Berlin, “Does Political Theory Still Exist?”, in Peter Laslett y W.G. Runciman, eds. *Philosophy, Politics and Society*. Oxford: Basil Blackwell, 1962, p. 19.

Cuándo exactamente concluyen las revoluciones es un poco más difícil de determinar. El gran historiador inglés Eric Hobsbawm nos dice que las revoluciones se pueden considerar como concluidas cuando se consolidan, es decir, cuando el peligro de una contrarrevolución interna o del exterior deja de ser significativo. Según Hobsbawm, las posibilidades de una contrarrevolución triunfante dependen de la capacidad de los revolucionarios de asegurar la estabilidad del nuevo orden. Es importante, por lo tanto, distinguir entre el proceso revolucionario en sí y la dinámica de un orden posrevolucionario.

La desarticulación del socialismo en la URSS a finales de los ochenta y principios de los noventa, por ejemplo, no se puede analizar a la luz de los mismos presupuestos que se hubieran aplicado si el socialismo no se hubiera consolidado durante los años veinte y treinta. Entonces el fracaso hubiera respondido a la dinámica de la revolución bolchevique y a la incapacidad o a la imposibilidad de consolidar el socialismo sobre las ruinas de la vieja Rusia zarista y en las condiciones internacionales de entonces. Hoy el fracaso del socialismo en la URSS tiene que analizarse con perspectiva histórica, tomando en cuenta, entre otros factores, las transformaciones alcanzadas durante más de siete décadas, el contexto internacional, la forma en que se ejerció el poder político, y las razones primero del estancamiento y luego del retroceso económico que comenzó a hacerse evidente durante la década de los setenta. El programa de Gorbachov no puede verse como el factor que socavó al socialismo y desintegró a la URSS. Las raíces de lo sucedido recientemente se encuentran en la historia de la revolución bolchevique y de la sociedad que se consolidó a partir del ascenso de Stalin al poder.

Partiendo de Hobsbawm y del ejemplo de la experiencia soviética concluyo que el proceso revolucionario en Cuba

terminó en 1970. A fines de la década de los sesenta, la dirigencia revolucionaria intentó crear un socialismo a la cubana. A principios de la década, luego que la contrarrevolución interna había sido prácticamente eliminada y los Estados Unidos derrotados en Playa Girón, los dirigentes cubanos comenzaron a organizar el nuevo estado en base a la experiencia de los países socialistas. En aquel entonces el modelo de partido de vanguardia y economía planificada parecía adecuado para mantener el poder y lograr el desarrollo económico. La emulación del socialismo real y existente, sin embargo, nunca fue exacta. La realidad cubana no lo permitía: la revolución tenía profundas raíces históricas y populares, Fidel era un líder extraordinario que difícilmente se ajustaba a los parámetros de la ortodoxia, y los Estados Unidos un poderoso e implacable enemigo. A mediados de los sesenta, toda una serie de factores internos y externos condujeron al abandono del primer intento de institucionalización y al lanzamiento del experimento radical. Los lineamientos del socialismo a la cubana, no obstante, nunca fueron claramente expuestos. Los dirigentes cubanos pospusieron la elaboración del modelo hasta después de la zafra de 1970 cuando confiaban disfrutar de una mayor independencia económica como resultado de las divisas generadas por los 10 millones y el subsiguiente acelerado ritmo de producción azucarera. Es decir, los dirigentes cubanos buscaban una relación más balanceada con la URSS y así —para decirlo en cubano— construir el socialismo como les diera la gana.

Pero ésa es la historia que no sucedió. La zafra del año 70 produjo unas 8.5 millones de toneladas. El incumplimiento de 1.5 millones de toneladas fue, sin embargo, sólo el símbolo del fracaso. La economía había prácticamente colapsado. El orden institucional era inexistente o muy débil. El ausentismo laboral, especialmente en Oriente, era alarmante.

y un indicio irrefutable de que los incentivos morales por sí solos no motivaban a las grandes mayorías —las mismas mayorías que habían apoyado a la revolución en los momentos decisivos de 1959 y 1960, pero que no respondían de la misma forma ante las exigencias de la vida cotidiana. Como me contestara Carlos Rafael Rodríguez a una pregunta que le hice sobre la década de los sesenta, en una ocasión en que un grupo del cual formaba parte tuvo la oportunidad de conversar con él, el pueblo cubano había asumido una actitud de “resignación de apoyo”.

Después de 1970, el reto era institucionalizar la revolución a fin de involucrar a esas grandes mayorías —si no con las mismas energías de principios de los 60, porque simplemente no era posible, al menos con entusiasmo y sin resignación— en el ordenamiento de la sociedad cubana. El proceso de institucionalización, sin embargo, se empujó sobre el fracaso del experimento radical, es decir, sin un margen significativo de iniciativa propia que precisamente había sido agotado en el empeño de fines de los sesenta. La consolidación del socialismo en Cuba, pues, procedió —y esta vez sí se encaminó— a partir de la experiencia de los entonces países socialistas, especialmente la de la URSS.

La crisis que hoy evidentemente azota a la sociedad cubana se debe, por lo tanto, principalmente al socialismo y no a la revolución. Digo principalmente al socialismo y no a la revolución. Digo principalmente porque, como casi siempre sucede cuando analizamos fenómenos sociales, las generalizaciones no son absolutas. A pesar de mi convencimiento de que sociológicamente la categoría de revolución no es aplicable a la Cuba actual, política e intelectualmente no se pueden ignorar tres realidades: primera, los presentes gobernantes cubanos son básicamente revolucionarios de 1959; segunda, un porcentaje significativo de la población, al igual

que los dirigentes, tiene una inversión psicológica-emocional en la “revolución”; y, tercera, la revolución y la nación están íntimamente ligadas y, hasta ahora, aun para los que hoy no se consideran ni revolucionarios ni socialistas, ha sido difícil imaginarse cómo sería —o si sería posible— la existencia digna de Cuba como nación si se descartaran las premisas de los últimos 33 años. El que Cuba no sea un país en revolución, por lo tanto, no quiere decir que la idea de la revolución y sus logros, es decir, la independencia nacional con relación a los Estados Unidos y el compromiso con la justicia social, no tengan vigencia en la sociedad cubana. Se quiere decir que para acercarnos a esa sociedad con cierto grado de objetividad sociológica tenemos que identificar y entender en la medida de lo posible su dinámica real.

En mi opinión, una de las principales características de esa dinámica es la tensión que existe entre el hecho de que la idea de la revolución sigue teniendo vigencia para la dirigencia —en primer lugar para Fidel Castro— y un sector importante de la población y la realidad de que la sociedad cubana, transformada por la revolución social, ya no responde a las exigencias de una revolución. Es decir, una dimensión importante de la actual crisis cubana se debe precisamente al éxito de la revolución. Los últimos 33 años han transformado a la vieja Cuba accentuando sus características modernas y extendiéndolas a lo largo de la isla. La revolución profundizó el perfil avanzado relativo al resto de América Latina de la Cuba de los 50. Si antes los cubanos en su mayoría vivían en zonas urbanas (57%), se morían más frecuentemente de las llamadas enfermedades modernas (corazón, cáncer, embolias), tenían acceso a más televisores, radios y periódicos, y tenían niveles de analfabetismo inferiores a los de la mayoría de los latinoamericanos, hoy en día ese perfil se ha profundizado y extendido. Dos importantes indicadores de esa modernidad

son el grado de concentración urbana, que es de alrededor del 75%, y el perfil educacional de la fuerza laboral. A mediados de los ochenta, la fuerza laboral constaba de 3.3 millones de personas, de las cuales casi el 40% tenían nivel de secundaria básica, es decir, noveno grado, 16% nivel técnico, 12% el pre-universitario. Durante los años 50, el 60% de la población tenía un nivel de tercer grado o menos.

El hecho de que la revolución haya "modernizado" aún más a la sociedad cubana tiene consecuencias un tanto irónicas. Nos queda mucho por analizar y entender sobre la vieja Cuba, pero uno de los temas que se ha debatido es el peso relativo de la clase media antes de 1959. La ironía radica en que, gracias a la revolución, hoy sí se puede afirmar que los sectores medios de la sociedad cubana tienen un peso importante que debiera ser decisivo para el desarrollo del país. Bien se pudiera argüir que uno de los logros más significativos de la revolución es la ampliación numérica y geográfica de la clase media. Ahora bien, el problema es que una sociedad transformada por una revolución no se puede gobernar de la misma forma o prácticamente de la misma forma que una sociedad en revolución como era Cuba durante los años sesenta. La primera de dos consecuencias que emanan de la tensión entre la vigencia de la idea de la revolución y la realidad de la actual sociedad cubana es, por lo tanto, la política.

El modelo político de partido único que la revolución adoptó desde principios de los sesenta y que institucionalizó a partir de los años setenta hoy se encuentra en absoluta bancarrota. Si el vanguardismo históricamente fue útil para tomar el poder y consolidarlo, su defensa es hoy imposible, excepto quizás como medio de retener el poder, y aún así, no a largo plazo. Sin oposición no hay política y sin derecho a

disentir no hay democracia. Los esfuerzos del gobierno cubano por "perfeccionar" el sistema político no contemplar ofrecerle a la ciudadanía otra opción que el socialismo, el Partido Comunista y Fidel Castro. La actual dirigencia cubana no concibe otra visión de la nación cubana sino la que ellos—justa y dignamente—han defendido durante tres décadas. Me pregunto: esa ciudadanía, esos graduados universitarios, técnicos medios, obreros clasificados, que en su mayoría nacieron o se hicieron adultos después de 1959, ¿no tendrán ideas propias y distintas a las de la dirigencia tanto acerca de la coyuntura que enfrenta Cuba como acerca de la nación cubana? Supongo que sí, en algunos casos sé de hecho que así es, pero no sabemos porque el sistema político carece de los medios y no ofrece las garantías para que regularmente se ventilen diferencias de opinión y, muy especialmente, proyectos y visiones diferentes.

A finales de diciembre de 1991, no obstante, Carlos Aldana, secretario ideológico del Partido Comunista Cubano (PCC), leyó un informe ante la Asamblea Nacional del Poder Popular, en el que nos daba una idea de algunas de las corrientes de pensamiento en los sectores medios. Nos dice Aldana:

Creo también que constituye una parte blanda de nuestra sociedad cierto segmento que pudiéramos ubicarlo en el seno de nuestras capas medias... que se ha ido constituyendo poco a poco en el exponente de una percepción de la situación del país y de sus posibles soluciones a partir del nivel de vida que ellos han alcanzado... desde una óptica pequeñoburguesa... no comprenden la verdadera prioridad de la Revolución, empiezan a conformar un pensamiento del cual ya nosotros vimos algunas señales en la discusión del Llamamiento al IV Congreso del Partido y nos hemos enfrentado en algunas discusiones—que viene

reflejando las consecuencias del desmerengamiento, que viene reflejando el pesimismo y el fatalismo de una lectura mediocre de la historia, y una falta de fe en nuestro pueblo, en sus potencialidades y en la veracidad de nuestras posiciones y de nuestra política.

El mero hecho de que se mencionen estas corrientes en un discurso en el cual se arremetió contra el movimiento disidente, sectores intelectuales y la iglesia Católica, me hace suponer que no son pocos los que las suscriben. Es posible que estos segmentos pretendan defender su nivel de vida relativamente privilegiado. Pero, también es posible que, además de sus propios intereses, estos sectores tengan ideas y proyectos que ayuden al país. O, ¿es que sólo los que están en el poder tienen una visión desinteresada? ¿No cabe la posibilidad de que, bajo la retórica de defender a Cuba, a la revolución y al socialismo, los que detentan el poder también estén defendiendo sus intereses particulares? No creo que sea saludable tomar al pie de la letra la retórica de los políticos en ningún país, ni creo que nadie sea infalible; por lo tanto, respondo que no, que en la sociedad cubana —de nuevo, precisamente, por los logros de la revolución— hay mucha gente con capacidad y con ideas y respondo que sí, que independientemente de la sinceridad de muchos de los que hoy están en la cúspide del poder, ellos también defienden intereses personales.

La cuestión fundamental, sin embargo, gira alrededor de la legitimidad del actual gobierno cubano. Para los gobernantes cubanos, la revolución de 1959 y su siguiente trayectoria constituyen la base de su legitimidad. Ellos además defienden la tesis de los "100 años de lucha", es decir, la continuidad histórica entre los mambises del siglo 19 y los revolucionarios de 1959, y afirman que sólo bajo Fidel y el PCC se podrá mantener Cuba como nación. La pregunta es

si la incuestionable legitimidad de la revolución y de sus logros son suficientes para legitimar al gobierno cubano y renovar el apoyo popular en la década de los noventa. Mi respuesta es que no, no sólo por el decursar del tiempo y porque los cubanos de hoy no son los mismos de 1959, sino principalmente porque para legitimar y renovar se necesitan instituciones, se necesitan espacios en la sociedad, se necesita la confrontación de ideas y de proyectos. Luego de los acontecimientos en la ex-URSS y Europa del Este y por la propia experiencia cubana, es difícil, por no decir imposible, aceptar que un partido único sea capaz de sentar a largo plazo las bases para renovarse y legitimarse y de emprender un verdadero proceso de democratización.

Los dirigentes cubanos, no obstante, sostienen que la confrontación con los Estados Unidos exige una unidad férrea: se arguye que mientras el gobierno norteamericano persista en su política de hostigamiento y confrontación, el gobierno cubano no puede permitir divergencias. Este tipo de argumento es un reflejo clásico de la mentalidad — indiscutiblemente necesaria— de la lucha clandestina para tomar el poder y del proceso propio de la revolución. Si luego de 33 años, el gobierno cubano tiene que acudir a lo que es esencialmente una lógica militar para gobernar y mantenerse en el poder, entonces las bases de su poder — sobre todo las perspectivas de reproducirlas en el futuro a corto y mediano plazo o en el momento en que ocurra la transición de la generación revolucionaria— son bastante frágiles. Cuba sin duda ha enfrentado una dramática situación: la enemistad del país más poderoso del planeta fue un factor decisivo en la forma en que la revolución se consolidó. Sin esa unidad, la consolidación probablemente no se hubiera dado. Esa unidad, sin embargo, a pesar de sus costos, era real, pues contaba con el apoyo de una abrumadora mayoría del pueblo cubano.

No obstante, una vez consolidada la revolución, gobernar al país con el mismo estilo a la larga ha resultado ser contraproducente. Respuestas "militarizantes" a la muy particular "guerra de baja intensidad" que los Estados Unidos han conducido contra Cuba han contribuido decisivamente a la crisis actual en Cuba. Esa crisis se acercaba con o sin el derrumbe del mundo socialista, aunque, sin duda, los sucesos a partir de 1989 la agravaron y la aceleraron. Subrayo, sin embargo, que entender la crisis cubana principalmente en términos internacionales es perder de vista la dinámica nacional y, por lo tanto, no apreciar los orígenes cubanos de la misma. El brusco cambio de las condiciones internacionales es parcialmente "una cortina de humo", pues desvía la atención de, entre otras cosas, la forma en que se ha ejercido el poder político y la creciente incapacidad del modelo de asimilar las profundas transformaciones ocurridas en la sociedad cubana.

En mi opinión, en Cuba hoy en día existe un consenso popular: ni Más Canosa ni los americanos, por una parte, y por otra, que es la otra cara de la moneda, soberanía y justicia social. Ese consenso, sin embargo, no se traduce necesariamente en un apoyo mayoritario al gobierno ni a Fidel. Esa es mi opinión y otros podrán tener otras opiniones. Y subrayo lo de opiniones: la sociedad cubana, transformada por la revolución, carece de mecanismos confiables y estables que permitan verdaderamente aquilatar los estados de opinión pública. Un aspecto central de la crisis de hoy es, por lo tanto, la ausencia de un orden político que renueve al socialismo a largo plazo.

La segunda consecuencia de la tensión entre la idea de la revolución y la realidad del socialismo en la Cuba actual es económica. Al triunfo de la revolución, Cuba se encontraba en un momento de transición. La economía azucarera estaba

virtualmente estancada, aunque las guerras en Corea y Suez hayan proporcionado mayor demanda y precios favorables. Existían, además, perspectivas para modernizar al sector azucarero y desarrollar sus derivados. Aquello de que "sin azúcar, no hay país", sin embargo, estaba perdiendo su poder persuasivo. Durante la década de los cincuenta, la economía cubana—si bien lentamente—comenzaba a moverse en otras direcciones: la rápida industrialización, sobre todo en La Habana y Matanzas; desarrollo de otros renglones agrícolas; el turismo; la transformación de la ganadería; y la modernización prospectiva de la industria azucarera y el desarrollo de sus derivados. Las actividades del "bajo mundo"—juego, prostitución, drogas, lavado de dinero—también comenzaban a proliferar, sobre todo en La Habana. La revolución truncó el modelo de capitalismo dependiente que ya se vislumbraba durante los cincuenta y le imprimió al desarrollo cubano el sello del socialismo.

En contenido, sin embargo, el gobierno revolucionario partió de premisas muy parecidas a las de los reformistas, sobre todo a las de los industriales: la diversificación de la economía mediante un programa de sustitución de importaciones, un desarrollo agrícola no azucarero y la ampliación del mercado interno. La revolución, claro está, se enfrentó con el problema de los Estados Unidos y cómo sobrevivir sin acceso al mercado americano.

Sin la revolución, Cuba se hubiera insertado fácilmente a las transformaciones entonces incipientes de los vínculos de las economías latinoamericanas con el mercado internacional y hubiera experimentado cambios parecidos a los que experimentaron otros países latinoamericanos bajo las nuevas modalidades del capitalismo dependiente. Por la revolución, Cuba tuvo que buscar otros resortes y los encontró en la URSS. Las condiciones de la Guerra Fría, por lo tanto,

fueron, en cierto sentido, favorables para Cuba. Sin la URSS, la revolución no se hubiera consolidado o lo hubiera hecho de manera muy diferente, haciéndole concesiones a la burguesía y pactando con los Estados Unidos. Por la disposición de la URSS de asumir el papel de, por decirlo de alguna manera, mentor de Cuba, la revolución se consolidó y el gobierno cubano sobrevivió. Las circunstancias de la Guerra Fría, por lo tanto, permitieron que Cuba lograra su independencia de los Estados Unidos.

Durante los años sesenta, las estrategias de desarrollo se centraron primero en la industrialización y luego en el sector azucarero. El fracaso de la primera llevó a la articulación de la segunda. Ambas buscaban el fortalecimiento de la economía a fin de lograr una relación más equilibrada con la URSS y más diversificada con el mercado internacional. Ambas fracasaron por razones múltiples y complejas. La búsqueda de modelos propios —del socialismo a la cubana— estuvo estrechamente ligada a estas estrategias de desarrollo. Un aspecto fundamental de la “herejía cubana” de aquella época era la de hacer de la “conciencia” un recurso económico: la controvertida posición acerca de los incentivos morales. La zafra del 70 puso fin al experimento radical y los intentos de forjar modelos alternos. Los años setenta y ochenta se desarrollaron en otras direcciones. En primer lugar, el gobierno cubano aceptó —situación que había considerado transitoria durante los sesenta— la dependencia de la URSS. Es decir, forjó planes de desarrollo que integraban a la economía cubana cada vez más al Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) y, sobre todo, a la URSS. Cuba no tenía otra alternativa y entonces nadie se hubiera imaginado, como me dijera un amigo de la isla no hace mucho, que las pirámides de Egipto se iban a desmoronar. La producción azucarera se

insertó en el centro de la nueva estrategia: Cuba produciría azúcar para el mundo socialista.

El grado de diversificación de la economía cubana se ha debatido hasta la saciedad y no quiero detenerme sobre las disquisiciones de este debate. Me basta señalar que Cuba evidentemente sigue sufriendo de un significativo grado de monocultivo y de dependencia comercial pues, de lo contrario, el derrumbe de la URSS y Europa del Este no le hubiera afectado de la forma en que lo hizo. Y no es sólo el azúcar y el grado de concentración de comercio con la URSS sino también el nivel de dependencia sobre los insumos de todo tipo —bienes de capital, materias primas, bienes de consumo— que provenían del exterior sin los cuales los niveles de desarrollo alcanzados, incluso los sociales, son imposibles de mantener a largo plazo. Si a esto le añadimos la deuda externa, el aumento significativo del persistente desbalance comercial y los alarmantes déficits fiscales que se hicieron evidentes durante los ochenta, la situación actual de la economía cubana es, sin duda, gravísima.

Para enfrentarse a ella, el gobierno cubano ha trazado una estrategia que incluye el desarrollo del turismo, la exportación de productos farmacéuticos y otros del renglón de la biotecnología, la atracción del capital extranjero y el desarrollo de nuevos socios comerciales a fin de, poco a poco, superar el déficit que dejó el colapso del mundo socialista. En lo que respecta a la economía interna, se le está dando prioridad al programa alimentario, es decir, al desarrollo de la agricultura para satisfacer con regularidad y cierta variedad el consumo interno.

No me siento optimista del éxito de esta estrategia. Las condiciones internacionales no favorecen a Cuba. ¿Cuál es el atractivo de invertir en Cuba cuando está Europa del Este, la ex-URSS y países del Tercer Mundo como México y la India

donde las nuevas corrientes económicas se arraigan? ¿Dónde están los incentivos de invertir en un país en el cual —independientemente de lo acertado del juicio— se esperan, más temprano que tarde, cambios fundamentales? El turismo y los productos biotecnológicos no parecen capaces de generar las divisas suficientes que le permitan al país comprar el petróleo que necesita a precios del mercado mundial. Por otra parte, internamente, se trata de un gobierno que nunca se ha distinguido por su capacidad de gestión económica y de una fuerza laboral que si bien está calificada y saludable —condiciones excepcionales— se ha mostrado bastante impermeable a los incentivos que ofrece el socialismo. En otras palabras, me cuestiono seriamente la viabilidad del socialismo en Cuba por dos razones: porque los soportes internacionales que lo hicieron posible ya no existen y las perspectivas de sustituirlos no son buenas y porque el socialismo en Cuba y en otras partes no promovió incentivos al trabajo que suplantaran a los del capitalismo.

Ante esta terrible coyuntura, la retórica de los dirigentes cubanos es la de mantener el socialismo a toda costa. Es cierto que están tomando medidas en torno al sector externo y del turismo que presagian un cierto grado de economía mixta. El VI Congreso del PCC asimismo acordó permitir ciertas actividades de trabajo por cuenta propia y recientemente el gobierno les alzó los precios a muchos productos agrícolas a fin de incentivar la producción. No obstante, hasta ahora estas medidas son más bien periféricas, es decir, no se enfrentan a los problemas básicos de organización y eficiencia de la economía cubana. Por ejemplo, la respuesta al creciente desempleo ocasionado por la racionalización del aparato estatal y el funcionamiento reducido de los sectores productivos ha sido movilizar a los desplazados hacia las labores agrícolas. Las movilizaciones no pueden ser una

solución permanente al desempleo que desgraciadamente es inevitable. Más lógico sería, por ejemplo, permitir la pequeña propiedad privada en los sectores de servicios y quizás incluso en la producción de algunos bienes de consumo. Esta opción, así como la de los mercados campesinos, ha sido rechazada, al menos por el momento.

Lo que he estado argumentando es que el socialismo en Cuba sencillamente no es viable a largo plazo. No lo es por razones políticas y por razones económicas, por razones internas y por razones externas. Hay que preguntarse si las estrategias políticas y económicas del gobierno pueden realmente establecer bases sólidas que renueven el *status quo* sin descartar las premisas de los últimos 33 años. Mi respuesta es evidente: no lo son. Si se trata de mantener en el poder a los que hoy ahí se encuentran, a mediano plazo la política adquiere más sentido. La coyuntura en que se encuentran los dirigentes cubanos es, en cierto sentido, parecida a las que se vieron los sandinistas y los revolucionarios salvadoreños. Claro está, no es lo mismo haber estado en el poder 33 años que 11 ó no haber llegado a ejercerlo. No obstante, la crisis y sus orígenes han socavado las premisas de la últimas tres décadas y es urgente buscar nuevas alianzas y abrir nuevos espacios a fin de superarla. Continuar en lo mismo, o casi lo mismo, es arinconarse en un callejón sin salida.

Hace un par de meses el periódico *Granma* publicó un editorial en el cual se descartaba la posibilidad de que existiera una tercera opción entre "el imperialismo y la Revolución". Pese a *Granma*, pienso que la única manera de salvaguardar la herencia de la revolución es precisamente abriendo ese espacio entre lo que propugnan los elementos más reaccionarios de la comunidad cubana en el exterior y la administración Bush y la intransigencia del gobierno cubano. Sólo si se articula un discurso nacionalista y de justicia

social que incorpore las nuevas realidades nacionales e internacionales se logrará una transición —inevitable tarde o temprano, ya que es difícil que la política actual sobreviva a Fidel— que no rechace la herencia de la revolución. A mi juicio, mientras más tiempo dure la intransigencia, más polarizada será la transición.

La Cuba que aún puede ser demanda, por lo tanto, una enorme creatividad, una gran valentía y una profunda tolerancia. Las dos primeras condiciones han abundado en la historia de Cuba. De la tercera adolecemos los cubanos en todas partes. La coyuntura en que actualmente se encuentra Cuba parece estar predeterminada a una salida violenta que concluya implantando un capitalismo feroz y descartando tajantemente la herencia de la revolución. Durante los años cincuenta pocos se imaginaban lo que fue posible después de 1959, sobre todo porque existían las condiciones estructurales y coyunturales que la avalaran sino además porque hubo una dirigencia política que supo canalizar esa potencialidad en la sociedad y en las vidas de los cubanos de entonces. Asimismo, la alternativa, o alternativas, a la revolución para las cuales también existían una serie de condiciones favorables no se dio, en buena medida, por la incapacidad de los que la apoyaban de materializar un programa político que la cuajara.

Hoy la coyuntura, de cierta manera, no es muy diferente. La Cuba que aún puede ser —una Cuba que incorpore la herencia de la revolución en una sociedad democrática y de economía mixta— requiere que surja una alternativa al gobierno cubano que tenga credibilidad y legitimidad, que incorpore a la revolución, y que articule un nuevo discurso nacional. No estoy pintando un cuadro idílico. Pase lo que pase, las perspectivas económicas son pobres a corto y mediano plazo. Indudablemente que Cuba tiene un enorme poten-

cial en el llamado capital humano que tarde o temprano le rendirá frutos. Y es precisamente ese factor humano —en gran parte transformado por la revolución— lo que hace cada día menos viable al *status quo*. La intransigencia ante la tercera posición parece ser la respuesta del gobierno cubano. Las voces organizadas en Miami y la administración Bush sin duda complementan esa intransigencia. Subrayo, no obstante, que nada está verdaderamente predeterminado y que los seres humanos tenemos un grado sorprendente de iniciativa histórica. La reflexión crítica sobre la historia de Cuba, la experiencia de la revolución y el socialismo pudieran ayudar a generar un nuevo discurso pluralista y tolerante que contribuya a imaginarnos una Cuba que supere los últimos 33 años sin repetir la que existió hasta 1959.